

una indignación santa, por lo que tienen de enfermos, son acreedores á una compasión infinita.

La compasión es una limosna que el sano debe al enfermo.
Queda de Ud. afectísimo amigo Q. B. S. M.

JUAN DONOSO CORTÉS.

CARTA A S. M. LA REINA MADRE

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN

SEÑORA:

La franca y generosa libertad que S. M. se ha dignado siempre consentir á los que han tenido la dicha de rodearla, y á mí señaladamente, me dan el atrevimiento necesario para someter á la alta prudencia de V. M. algunas observaciones, con ocasión de un suceso que está próximo, y que ha de influir grandemente en el porvenir de la nación española.

El día dichoso del alumbramiento de V. M. se acerca: y ese día será fausto para todos, así propios como extraños; porque en él tendrá un heredero una de las más bellas Monarquías de la Europa. En todas circunstancias y en todos tiempos hubiera sido este un suceso venturoso: hoy que las Monarquías todas van de baja, y que las más firmes y potentes ó han caído, ó temen caer á impulso de los huracanes, será un suceso venturosísimo y memorabilísimo.

Los periódicos de la capital han anunciado ya algunos de los grandes festejos que con este motivo se disponen: y como quiera que nada parezca más natural, ni más conforme á las antiguas usanzas, que celebrar con fiestas y regocijos un suceso tan fausto, V. M. me permitirá, sin embargo, que la observe, que la diversidad de los tiempos exige cierta diversidad análoga en las costumbres y que los tiempos que ahora corren, no consienten que sigamos, sin ningún género de variación

las costumbres de nuestros padres. Vivieron ellos en tiempos de sosiego para las naciones, y de esplendor y grandeza para las Monarquías; y nosotros vivimos en tiempos de tanta desolación y tanta angustia, que nadie sabe decir si no correrán naufragio juntamente las Monarquías y las naciones.

No siendo mi ánimo, al escribir á V. M., hacer una disertación sobre los caminos por donde la Europa ha venido á parar á término tan lamentable, me limitaré solamente á consignar aquí un hecho notorio. La Europa no está aquejada de varias enfermedades diferentes, sino de una enfermedad que es sola, que es epidémica, que es contagiosa, y que en todas partes va á parar á un mismo término, después de haber presentado el mismo aparato de síntomas en todas partes. La única diferencia que hay entre unas y otras naciones, consiste en que unas están todavía en el período de su invasión, mientras que otras tocan á su último período: las unas comienzan á adolecer del mal de que han de morir, mientras que las otras mueren. Este es hoy el estado de la Europa.

Esa enfermedad que es contagiosa, que es epidémica, que es única, se reduce á una sublevación universal de todos los que padecen hambre, contra todos los que padecen hartura. Si la guerra llega á estallar, la victoria no puede parecer á V. M., dudosa, si pone los ojos, por una parte, en el número de los hambrientos, y por otra, en el número de los hartos.

Crear que esa inclinación á sublevarse, que aqueja en todos los pueblos, á un tiempo mismo, á todas las clases menesterosas, es un fenómeno que no tiene origen en una causa tan general como él mismo, parecerá á V. M., como me lo parece á mí, extravagancia y locura. Pobres y ricos ha habido siempre en el mundo: lo que no ha habido en el mundo hasta ahora es guerra universal y simultánea entre los ricos y los pobres. Las clases menesterosas, Señora, no se levantan hoy contra las acomodadas, sino porque las acomodadas se han resfriado en la caridad para con las menesterosas. Si los ricos no hubieran perdido la virtud de la caridad, Dios no hubiera permitido que los pobres

hubieran perdido la virtud de la paciencia. La pérdida simultánea de esas dos virtudes cristianas sirve para explicar los grandes vaivenes que van dando las sociedades, y los ásperos estremecimientos que está padeciendo el mundo.

La paciencia no volverá á entrar en el corazón del pobre, si la caridad no vuelve á entrar en el corazón del rico. Hoy día, Señora, esta es la más imperiosa de todas las necesidades sociales; satisfacerla, ó contribuir á que sea satisfecha, debe ser de hoy más el oficio propio y el encargo augusto de los Reyes. No ignoro que la augusta hija de V. M., siguiendo las pisadas de su excelsa madre, tiene por perdido el día en que no alivia un infortunio.—¿Ni cómo pudiera ignorarlo, habiendo tenido la dicha y la honra de ver con mis mismos ojos nacer, crecer y arraigarse en su bello y simpático corazón la caridad más pura y más ardiente?—Pero no basta que yo no lo ignore, ni que los desventurados á quienes socorre lo sepan: es necesario más: es necesario que la nación toda lo sepa, y que no lo ignore la Europa. Cuando el Señor, dirigiéndose á sus discípulos, les enseñó que de tal manera hicieran limosna que la una mano no supiera lo que había dado la otra mano, habló así á sus discípulos, porque entre sus discípulos no había Reyes. Un Rey no es una persona privada, es una persona pública, que no hace el bien solamente para santificarse á sí propio, sino también para que los demás se santifiquen con su ejemplo.

La nación española está perdida, si no se tuerce con violencia la extraviada corriente de la inclinación en las clases acomodadas: esa corriente las lleva todas á un abismo.

Esta no es una vana declamación, Señora; España está en los últimos años del reinado de Luis Felipe, y en vísperas del cataclismo de Febrero. Yo pido que haya ahí lo que no hubo aquí: un gran ejemplo dado á las clases ricas por el Trono. Yo pido que no haya fiestas; y si las hay, sean pocas, y esas exclusivamente para los pobres; y que en vez de grandes y costosas fiestas para los ricos, haya grandes limosnas, más

grandes que las que hubo en otros tiempos, y más grandes que las que se pensará repartir en esta ocasión, para seguir la costumbre, en favor de los necesitados. Quizá este ejemplo altísimo de desprendimiento y de virtud contribuirá á que las clases acomodadas retrocedan del mal camino que ahora siguen, y se tornen virtuosas y desprendidas. En todo caso, Señora, aunque hayan de sucumbir, á lo menos el Trono, siguiendo la senda que señalo, podrá resistir dichosamente al ímpetu de los grandes vendavales. Los pobres son amigos de Dios; y Dios no permitirá que caiga un Trono en donde se asienta una Reina, madre y amiga de los pobres.

Las Monarquías cristianas no han alcanzado la prodigiosa duración de catorce siglos, sino porque Dios puso en ellas una secreta y misteriosa virtud, en fuerza de la cual se han ido adaptando, por medio de lentas y progresivas transformaciones, al curso vario de los tiempos. Cuando aún estaban flojos todos los vínculos sociales, la Monarquía se presentó á los pueblos como un vínculo de fuerza. Cuando los insolentes Barones del feudalismo ponían á saco las ciudades, los pueblos vieron en los Reyes el símbolo de la justicia. Y porque en ambas épocas supieron satisfacer todas las necesidades sociales, al principio como fuertes, y después como justicieros, las naciones agradecidas llegaron progresivamente hasta hacer á sus Reyes absolutos.

Hoy día, Señora, comienza una nueva época para los Príncipes; y ¡desventurados aquellos que desconozcan las necesidades propias de esta época! No se trata ya de unir con un vínculo fuerte á varias tribus nómadas y guerreras; como quiera que las naciones están ya constituídas definitivamente. Ni se trata tampoco de sacar la administración de justicia de las manos de aquellos insolentes Barones que llamaban derecho á la depredación, y justicia á la venganza: la administración de la justicia salió de sus manos para siempre, y ha venido á parar á manos de tribunales encargados de aplicar recta é imparcialmente la ley. De lo que hoy se trata sólo, es de distribuir con-

venientemente la riqueza, que está mal distribuída. Esta, Señora, es la única cuestión que hoy se agita en el mundo. Si los gobernadores de las naciones no le resuelven, el socialismo vendrá á resolver el problema, y le resolverá poniendo á saco á las naciones. Ahora bien: el problema no tiene más que una buena solución, no tiene más que una solución pacífica, no tiene más que una solución conveniente. La riqueza, acumulada por un egoísmo gigantesco, es menester que sea distribuída por la limosna en grande escala.

Yo tengo todavía fe en las Monarquías europeas, y señaladamente en la española. Yo no puedo creer que en la ocasión presente falten, por la primera vez en la larguísima prolongación de los tiempos católicos, al encargo especial que han recibido de Dios: al encargo de satisfacer mejor y más cumplidamente que otra institución cualquiera, en su flexibilidad prodigiosa, todas las necesidades sociales. No hay, sin embargo, que entregarse á peligrosas ilusiones. El oficio de Rey va siendo cada día más difícil y penoso; y ahora más que nunca puede decirse que reinar es un acto grandioso de abnegación, y un sublime sacrificio. Para reinar, no basta ya ser fuerte ni justiciero: es menester ser caritativo para ser verdaderamente justiciero y para llegar á ser fuerte; y la caridad, Señora, es la virtud de los santos. Los santos sólo pueden hoy día salvar á las naciones, que no padecen otra enfermedad, si bien se mira, sino la ausencia de dos virtudes cristianas: Dios no permite la criminal impaciencia de los pobres, sino para castigar el egoísmo insolente de los ricos; ni el egoísmo criminal de los ricos, sino para castigar á los menesterosos, arrebatados por sus impacencias culpables.

Puesto ya á escribir esta larga carta, no dejaré la pluma sino después de haber declarado á V. M. todo mi pensamiento. No estoy tan destituido de razón, que dé á lo mismo que propongo, una importancia que no tiene. Si la Monarquía española está enferma (y lo está gravemente, sin ningún género de duda), su curación no le ha de venir porque la Reina de Es-

paña, en vez de dar fiestas, dé limosnas reales. No se me oculta, ¿y cómo había de ocultárseme?, que entre aquella enfermedad y este remedio no hay la proporción debida. La Monarquía no se salvará porque sea espléndida y generosa con los pobres en una ocasión solemne; las clases acomodadas no perderán de un golpe su egoísmo, porque su Reina les dé el ejemplo de una grandiosa munificencia en un día memorable. Toda la importancia de este ejemplo magnífico está exclusivamente en que sea como el punto de partida de una nueva época social y de un nuevo sistema de gobierno. Todas las grandes instituciones del catolicismo han ido cayendo, unas después de otras, á impulso de las revoluciones; que ese ejemplo sea el punto de partida de la completa restauración en España de todas las instituciones católicas.

El espíritu del catolicismo ha sido desalojado por el revolucionario de nuestra legislación política y económica; que ese ejemplo sea el punto de partida de la completa restauración del espíritu católico en nuestra legislación económica, y en nuestra legislación política. El derecho de hablar y de enseñar á las gentes, que la Iglesia recibió del mismo Dios en las personas de los Apóstoles, ha sido usurpado, con menoscabo de la grandeza española, por un tropel de periodistas oscuros y de ignorantísimos charlatanes. El ministerio de la palabra, que es al mismo tiempo el más augusto y el más invencible de todos, como que por él fué conquistada la tierra, ha venido á convertirse en todas partes, de ministerio de salvación, en ministerio abominable de ruina. Así como nada ni nadie pudo contener sus triunfos en los tiempos apostólicos, nada ni nadie, Señora, podrá contener hoy sus estragos. La palabra ha sido, es y será siempre la reina del mundo. La sociedad no perece por otra cosa, sino porque ha retirado á la Iglesia su palabra, que es palabra de vida. Las sociedades están desfallecidas y hambrientas, desde que no reciben en ella su pan cotidiano. Todo propósito de salvación será estéril si no es restaurada en su plenitud la gran palabra católica. El último Concordato es un

excelente punto de partida para esta restauración; pero no es más que un punto de partida excelente: no es otra cosa.

Yo no debo ocultar á V. M. la verdad; y la verdad es que es menester removerlo todo, cambiarlo todo, y no dejar en el edificio revolucionario piedra sobre piedra.

La revolución ha sido hecha en definitiva por los ricos y para los ricos; contra los Reyes y contra los pobres. Si de esta demostración á un lado, no es porque sea difícil, sino porque sería larga. Me contentaré sólo con observar que, por medio del censo electoral, han relegado á los pobres en los limbos sociales; y que, por medio de la prerrogativa parlamentaria, han usurpado la prerrogativa de la Corona. Fuertes en esta posición inexpugnable, se han repartido impudentemente los despojos de los conventos; lo cual quiere decir que después de haber reclamado el poder exclusivamente para sí en calidad de ricos, han hecho una ley que duplica su riqueza en calidad de legisladores. Desde el día de la Creación hasta hoy, el mundo no ha presenciado un ejemplo más vergonzoso de audacia y de codicia. Esto sirve para explicar, Señora, esos grandes y súbitos trastornos que todos vemos con ojos espantados. Lo que vemos, no es lo que creemos ver: es otra cosa: es la ira de Dios que pasa, y que á su paso pone temblor en las naciones.

Entre todos los errores, el más funesto sería el que consistiera en afirmar, como afirman algunos, que esos temores son prematuros en España, porque en España no hay socialistas. No crea V. M. que les importa á los que afirman semejante extravagancia: para que en España no hubiera socialistas, era menester que las mismas causas no produjesen los mismos efectos, y que el socialismo no fuera una enfermedad contagiosa: era menester, además, y sobre todo, que España no hubiera sido una sociedad católica; como quiera que el socialismo es una enfermedad que acomete indefectiblemente, y por un alto designio de Dios, á toda sociedad que, habiendo sido católica, ha dejado de serlo; y que no acomete sino á una sociedad, que, habiéndolo sido, ha dejado de ser católica.

Esta observación es nueva, Señora; pero permítame Vuestra Majestad que le diga que es verdadera y profunda. Dios es misericordioso con los que le siguen, blandamente justiciero con los que le ignoran, desapiadado con los que conociéndole le desprecian: por eso puso en las naciones católicas los tabernáculos de su gloria: por eso condenó á las naciones paganas á los varios sucesos de su varia fortuna: por eso reserva el socialismo, la mayor de las catástrofes sociales, para las naciones apóstatas. España volverá á ser católica, ó será al fin socialista: ¿qué digo, será? Lo es ya, Señora: sólo que parece que no lo es, porque ella misma no lo sabe. El que está tísico, padece la tisis, aunque no sepa lo que padece porque ignora su nombre.

Al fin del camino que acabo de indicar ligeramente, está la salvación de España y de su gloriosa Monarquía: y su salvación no está sino al fin de ese camino. Que un Ministerio se quede ó que se vaya; que mande la fracción puritana ó la conservadora; que se eclipse ó que resplandezca un nombre propio; que un general saque de la vaina su acero, ó meta el acero en la vaina; que en esa caza de Ministerios se declare la fortuna por unos ó por otros cazadores, todo esto no sirve para otra cosa sino para que el edificio venga al suelo con estruendo mayor y con mayor ignominia. Dios ha hecho á las naciones curables: pero no son las intrigas sino los principios los que tienen la divina virtud de curar á las naciones enfermas.

Vuestra Majestad, Señora, es digna de comprender la importancia de estos grandes principios. Vuestra Majestad, que ni quiere, ni puede, ni debe, por punto general, intervenir en las cosas del Estado, no puede, sin embargo, ni quiere, ni debe consentir que la verdad no se abra paso nunca en las altas regiones políticas, y que el Estado perezca miserablemente.

En las crisis supremas, y suprema es la crisis en que está metida la Europa, no hay nadie que, en circunstancias dadas, y con la debida circunspección, no tenga el derecho y hasta cierto punto el deber de decir la verdad franca y sencillamente con

una voz á un mismo tiempo respetuosa y austera. Vuestra Majestad ha sido siempre tan buena para conmigo, que no he vacilado un solo instante en comunicar á V. M., aunque ligeramente, lo que pienso sobre las cosas de España, de quien V. M. por cariño y por bondad es protectora y es madre. En escribir esta carta no llevo un fin determinado: esta carta es una conversación que sin la distancia hubiera sido hablada, en vez de haber sido escrita. Meses atrás, creí que podría hablar con el Duque: privado de este último recurso, he determinado al fin escribir esta carta, que pongo bajo la protección de su benevolencia. — Dios dé á V. M. de vida muchos y dichosos años. París 26 de Noviembre de 1851. — Señora. — A. L. R. P. de V. M.

JUAN DONOSO CORTÉS.

AL DIRECTOR DE *L'Univers*.

MADRID, 11 de Abril de 1850.

Mi querido amigo: En este momento llega á mis manos un número del *Ami de la Religion*, en el que leo un artículo de M. Champagny, intitulado: *Del fatalismo entre los cristianos*. Por de contado que, á juicio de su autor, Ud. y yo somos los *fatalistas*. Ignoro si Ud. por su parte refutará este artículo; pero por lo que á mí hace, como no escribo en ningún periódico, me juzgo dispensado de sostener polémica ninguna. Sin embargo, por si en la ocasión presente opinase Ud. de distinto modo que yo, voy á decirle mi pensamiento, el cual sería en todo caso la única respuesta que podría dar á M. de Champagny.

En efecto, existe el *fatalismo* entre ciertos cristianos: pero no se encuentra donde se busca, sino que por el contrario, está donde menos se piensa. No hay, entre los cristianos, más fatalistas que los *fatalistas de la misericordia*. M. de Champagny plantea la cuestión en estos términos:—¿Se cansará Dios antes que nosotros, ó nos cansaremos nosotros antes que Dios?

Establecida así la cuestión, responderé: que, según el sistema de la *libertad*, Dios será el que se canse primero; y que, según el sistema del *fatalismo*, el hombre será el primero que rendirá las armas. Y la razón de esto es que la misericordia de Dios está siempre templada por su justicia.

Se concibe un caso en que, no pudiendo ser Dios misericordioso sin perjuicio de la justicia, deja de serlo. Todo lo contrario acontece con el hombre, el cual, siendo como es libre,

es la libertad misma ¹: puede perderse por sí sólo, sin Dios, á pesar de Dios, y contra Dios: su pérdida es el testimonio más patente de su libertad.

En el caso contrario, se suprimen de un sólo golpe la libertad del hombre y la justicia de Dios: la primera, porque el hombre queda vencido en su libertad; la segunda, porque si Dios puede en todas ocasiones ser misericordioso, su justicia no viene á ser más que venganza.

Medite Ud. bien sobre este punto. Con lo que yo llamo *el fatalismo de la misericordia*, no se puede explicar el infierno; y le desafío á Ud. á que me dé una explicación, por mediana que sea. Si hay un caso en que Dios no pueda salvar á un alma, tendrá Ud. que confesar por el mismo hecho, que hay un caso en que la libertad del hombre llega á cansar á la misericordia de Dios. Porque si ningún caso hubiera en que Dios no pudiese salvar á un hombre, ¿en qué consiste que no todos los hombres se han salvado?

Por lo demás, cuando digo que Dios no puede hacer tal ó cual cosa, es pura y simplemente una manera que tengo de expresar que no la ha hecho, que no la hace, y que no la hará. Conozco que mi imaginación no consigue vencer completamente las dificultades de la lengua francesa, extraña como es para mí; aunque de todos modos confío en que habrá Ud. comprendido bien mi pensamiento.

En suma, creo que el hombre que quiera perderse, se perderá, sin que Dios se lo impida. El hombre no necesita de Dios para perderse; pero Dios necesita del hombre para salvarle. En el acto de la salvación concurren la acción de Dios y la del hombre: en el acto de la condenación, el hombre está solo: y en esta vía de la condenación ha sido dada al hombre la tremenda facultad de *no cansarse jamás*. En este concepto, pudiera decirse que el hombre tiene poder para obligar á Dios á que solamente le haga sentir su justicia.

¹ Obscuro me parece aquí el concepto de libertad, y es de creer que el ilustre autor no lo entendiase tal como suena en esta expresión.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)